

ratura, hambre y sed, muertos pudriéndose, gemidos de heridos sin socorrer... todo el horror de la guerra se revela en la memoria de las vaguadas de Pàndols, hoy un paisaje de extraordinaria belleza. La cota 705 acoge un mirador imponente, con visión hacia los cuatro puntos cardinales que ofrece una panorámica del escenario de la batalla. Al lado, algunas placas honran a la 43 división del Ejército Popular de la República o a la XV Brigada Internacional. Son frecuentes aquí los actos de recuerdo y las ofrendas florales. Preside el mirador una escultura erigida en 1988 por los supervivientes de la quinta del biberón, los muchachos catalanes de 17 y 18 años que murieron a centenares en la batalla del Ebro. El monumento rinde homenaje a todos los que lucharon, a diferencia de los muchos monolitos y cruces levantados en la comarca por antiguos combatientes franquistas, que suelen recordar sólo a los caídos propios.

Las voces del frente

Finalmente, en El Pinell de Brai, al pie de Pàndols, está el conjunto conocido como Cases Caigudes, un pequeño barrio destruido durante la batalla, que devuelve a la memoria el pueblo viejo de Corbera. También dispone de un buen mirador para contemplar las Moles de Pàndols y de Cavalls. En El Pinell se puede visitar la exposición *Les veus del front*, con material gráfico y audiovisual que explica la importancia de la propaganda durante los combates.

La ruta está organizada por el Consorci Memorial dels Espais de la Batalla

de l'Ebre (Comebe), organismo en el que participan la Generalitat, el Consell Comarcal de la Terra Alta y seis ayuntamientos (www.batallaebre.org). El recorrido inaugurado en marzo es una primera actuación que, según lo anunciado, se ampliará durante los próximos años con nuevos trayectos. También se abrirán espacios de exposición e interpretación en La Fatarella, Batea y Vilalba. Además, en Gandesa, capital de la comarca, funciona desde hace años el Centre d'Estudis de la Batalla de l'Ebre, una exposición de material bélico no integrada en el Comebe. La Terra Alta ha dado un primer paso, pero queda mucho por hacer y sería bueno también que los responsables del consorcio hicieran un esfuerzo por mejorar la señalización de los espacios, así como por convertir el centro de acogida de Corbera en algo más que un local desangelado donde se entregan un par de folletos.

Unos 70.000 hombres dejaron la vida en la batalla del Ebro y varias decenas de miles más sufrieron heridas. Tres meses y medio de violentísimos combates acabaron con la victoria de los militares sublevados, que recibieron ayuda ingente de Alemania e Italia. Ambos ejércitos se batieron con enorme valentía en unas condiciones infernales, pero la superioridad aérea y artillera de los franquistas les dio un triunfo que pocos meses después supuso la derrota total de la República española y el inicio de una bárbara dictadura. Hoy tenemos el deber de recordar la historia y de hacerlo con la máxima dignidad posible. El paisaje tiene memoria: dejémosle hablar. |



05

01 Pueblo viejo de Corbera d'Ebre

02 Trincheras de Les Devees

03 Trincheras de Els Barrancs

04 La cota 705 de la sierra de Pàndols

05 El barrio de Cases Caigudes en El Pinell de Brai

FOTOS: CLARA GARCÉS



04



MARC ARGENTER

7. El Sedentario

Aborrezco el turismo, y mi idea de un desplazamiento largo es una deriva situacionista por los bares del barrio. Es cierto, viajar no es lo mío, y mi localismo de gusano barcelonés la séptima ancla de mi psique multifacial. Como Byron, sólo me iré cuando alguien amenace con matarme a patadas

KIKO AMAT

Sabes cuanto hace que no vamos de viaje?"
Estoy sentado leyendo un libro de humor inglés de los 50 de Stephen Potter, comiéndome unas anchoas, bebiéndome una cerveza. Es la una y media, una de mis horas del día favoritas; una de esas horas que son preludios de cosas, y que basan todo su placer en la anticipación de lo siguiente. Y es que, como cantaba el grupo femenino Delta 5, "la anticipación es mucho mejor". Otra de mis obsesiones permanentes.

Al principio aparento no haberlo oído, tratando de recuperar mi instante de inmenso placer solitario. Cuando he releído la misma línea 100 veces me doy cuenta de que Naranja no va a moverse hasta que haga acto de reaccionar ante su presencia; su postura de ciudadano pompeyo atrapado en lava evidencia que planea quedarse inmóvil eternamente. Levanto la vista con cara de trágica inconveniencia.

"Un año y medio", se autocontesta. Naranja siempre se autocontesta. Nuestras confrontaciones son un frontón dialéctico en el que nadie me ha prestado una raqueta. Naranja, por cierto, es mi novia de colores. Con su cabeza oxidada y su pelaje jaspeado, en estos momentos parece un guepardo a punto de lanzarse sobre un ñu.

"Te agradecería", continúa, "que si no quieres irte de vacaciones a ninguna parte me lo digas ahora y me busco a otra persona."

"Lo dices como si no me gustara ir de viaje", contesto, manso como un mamífero con el cuello rebanado.

"El Carmel y la Barceloneta no

cuentan. Me refiero a un viaje de verdad, a otro país. ¿Quieres irte de vacaciones o no?"

Por supuesto que no. Detesto viajar. No me gusta ir en coche, y mucho menos en avión, y cosas que hagan transpirar como la bicicleta están descartadas de entrada. Me pregunto qué provoca en mis congéneres humanos el ansia irrefrenable de ir a hacer el ridículo a lugares lejanos. Imagino que el deseo de unas vacaciones baratas en la miseria de los demás, como decían los Sex Pistols en 'Holidays in the sun'. Imagino que la ilusión espectacular de superar la aplastante rutina diaria.

Admito que hacia esto último siento empatía aunque, como el dandy protagonista de 'À rebours' de J. K. Huysmans, estoy convencido de que no hay viaje que no pueda hacerse en casa con la ayuda de algunos libros, licores intoxicantes y discos adecuados. En caso de requerirse mayor exotismo, tan sólo haría falta añadir láudano, ragas de Ravi Shankar y un poco de incienso del Todo a 100 y lalshop! Visiones extracorpóreas en el Ganges, sin mosquitos ni pantalones cortos.

"Por supuesto que sí", contesto al fin.

"Perfecto. Apunta en este trozo de papel dónde te hace más ilusión ir, y yo haré lo mismo. Luego miramos las que coinciden."

Durante unos segundos sólo se escucha el crepitar de los lápices sobre el papel. Pasado un tiempo prudencial, le leo mis respuestas.

"Frente del Ebro 1938. Whitechapel 1860. Soho 1961", y me echo a reír. Cuando veo sus ojos, paro en seco y empiezo a romper el papel en trozos cada vez más pequeños